La explosión de rebeldía involuntaria de un cojudo

Era un cálido domingo soleado en donde todo el verde del valle resplandecía desde arriba hasta abajo y viceversa, dependiendo desde dónde uno mirara, salvo en los pesados muros de una gran fortaleza muy antigua. Sondor, le llamaban, porque como dice la palabra quechua, ahí se juntaban los más viejos a ver las cosas de la comunidad. Era un lugar de conferencia en la altura más elevada del valle, y desde ahí, como el cóndor, los ancianos calculaban, analizaban y dirigían sus asuntos.

Así como el infinito entretejido de verdes que resplandecía en el valle, las paredes blancas de la hacienda de los Escudero también refulgían al sol, con sus construcciones elevadas, modernas, limpiecitas. A cierta hora podía parecer que todo era luz, salvo por las piedras oscuras, que entre más se iluminaban, más negras se ponían.

Desde arriba, esperaban los viejos, mientras que, desde abajo, subía lentamente la figura de Potockullu, cuya llegada era esperada con ansias por los notables. Lo recibieron con un saludo tímido, observante y llenos de recelo. El que venía de un valle lejano saludó ligero, animado y por frescura con que extendía las manos, parecía dar a entender que era una persona acostumbrada a los caminos empinados.

- Lo estábamos esperando, señor Potockullu, ¿quiere masticar o beber su hoja de coca? - Le dijo el anciano Fermín, con un tono que parecía amable, pero que planteaba una trampa escondida.

-Ambas - dijo el recién llegado, produciendo la inmediata satisfacción de todos los presentes.

Doña Karina, que era mujer de hierbas y curandera, con sus trenzas blancas y la cara arrugada, apenas hablaba castellano, pero se dejó entender con la siguiente pregunta: - ¿Eres como los otros, que ignorando reclamos andan? Tú te ves diferente. ¿Un maldito también vas a ser? -

Potockullu se quedó seco y el frío viento empezó a soplar con fuerza, ahí en la altura de lo que alguna vez fuera un palacio incaico. Atinó a mover la cabeza en negación y se le salieron las palabras sin pensarlo. - Pero, ¿qué ha pasado acá, mamita? -

Un hombre alto y fuerte, de bigotes blanquecinos, llamado Teodoro se interpuso en la conversación y finiquitó: - Si te contamos no vas a creer. Tu responde nomás, ¿estás de nuestro lado o no? -

- Yo vengo de un valle lejano, pero estoy preparado. He recibido instrucción en una hacienda. Todas las vocales me han enseñado y me siento listo para enseñarlas también. No he podido ser profesor porque me han delegado ser el secretario del doctor Escudero. Aquí estoy señoras, señores, para intermediar entre los dueños y…

- Los hacendados no son dueños de ni mierda.

- Son nuestras tierras

- Como esclavos, vivimos, señorcito. Nuestros abuelos cumplen setenta años y una patada en el culo les dan, en la hacienda. Ellos manejan las cosas porque han comprado el terreno. ¿Y quién le dio ese terreno? El gobierno. Para ellos no existimos y que nos jodan.

- Somos invisibles, taita. A nosotros no nos ven, somos como fantasmas. No han esperado que nos muramos. El juez, los policías, el alcalde mismo. Los elegimos confiados y se tuercen al bando de los que juraron combatir. Siempre nos ahogamos con la misma mierda. Hartos estamos.

No sabe qué decir, Potokcullu y mastica su hoja de coca. Les mira preocupados, a los ardientes notables, que reclaman por cosas que él entiende, pero que no entiende cómo combatir. - ¿Y yo que puedo hacer, señores? – Pregunta, con voz de cojudo.

- Igual que los otros, es – Concluye doña Karina, y se acomoda las polleras luego de levantarse. Con un gesto parco se despide y al alcanzar el patio de las escaleras de bajada, dictamina: - Me voy a ver a mis ovejas. Ellas sí entienden. Para gastar tiempo con huevones no estoy. -

En Sondor, ha sabido Potokcullu. Hay algo mal. ¿No había aceptado dejar sus tierras, para ver algo diferente? ¿De modo que la vida es igual de insalvable, en todo el ande, por igual? Y dicen que en la selva es peor. Ahí ni hospitales, ni colegios, tienen. Aunque sea por acá se enseñan las vocales y quien sabe, unos números. Pero esa falta de educación no quita el saber para la vida, ni hace a nadie bruto en sí mismo. La naturaleza de las costumbres, y cómo se valoran, de acuerdo a cuáles criterios, es lo que le jode a Potokcullu, pero no sabe cómo explicarlo. Que no lo vean igual, es lo que le duele. ¿Acaso es tan distinto? Ciertamente pertenece a otro mundo.

- ¿Cómo llego a la hacienda de los Escudero? – pregunta perdido el viajero. – ¿No ves allá tremendo caserón de cemento? Ciego debes estar. – Si pues, bien baboso soy- reafirma Potokcullu, si resalta como un castillete, más allá de esa laguna de aguas tan azulinas. Se entera luego que su nombre es Pacucha, que sus aguas son heladas, y que las mujeres no se pueden acercar, porque es bien celosa, y a todas las ahoga.

El sol cae, como cansado y la oscuridad va inundando el valle. El frío se ha empecinado en hacer sentir a Potokcullu lejos de casa y se ajusta el poncho antes de tocar la gran campana de un portón enorme. Un sirviente le recibe y le hace pasar. Al encargado lo esperaban y es una larga lista de tareas la que le esperan.

A caballo y desde una casona muy alta, viene don Faustino Escudero, mandamás de la hacienda y de la zona, por extensión. Incrédulo repite lo que acaba de escuchar: - ¿Potoqué? Así no te puedes llamar, muchacho, te voy a decir Poto Culo, y a ver si te bañas, para que te cambie a algo más bonito. Has llegado tarde, no creas que no te he visto en Sondor, con los comuneros, a esos indios no les creas nada, una sarta de ignorantes, cochinos, pérfidos y mal agradecidos son. Trabajo, techo, todo se les ha dado. Como mulas se plantan, como perros se asoman cuando hay fiesta y como loritos reclaman. -

Potokcullu no sabe si explicarle el significado de los vocablos que componen su nombre o darle a saber la perspectiva de los peones. No sabe si está en frente de alguien que es o muy ciego, o muy maleducado. – Un poco de las dos, debe ser, porque para los blanquitos somos invisibles, no existimos. Pero es el patrón. – piensa, mientras recibe órdenes sin parar.

- A esos marranos de los Luna, me los expulsas de su chacra, y les quemas todo, que no han pagado el jarrón que me rompieron en la fiesta última. Ellos no saben lo que es el arte y creen que todo aparece por magia acá en la hacienda. A los Cori les das una última oportunidad, o me crían ovejitas gordas, o los mando para el carajo. Ah, y me olvidaba, tanta mierda hay entre estos, que uno se olvida, a los Runtu les dices que la chiquita que ya cumplió quince, me la mandan, que mi hijo quiere hablar con ella de las musarañas. ¿Te vas a acordar, no, Poto Culo? No me gusta estar repitiendo las cosas, y ustedes, como dice el padre Sepúlvedo, son como bestias, así que uno no se puede confiar.

- Para que mierda dejé mi tierra, buscando esta maldad – concluye el secretario, que termina por comprender que se encuentra entre la espada y la pared. Si afrenta al patrón, se jode. Si defrauda a la comunidad, que cuenta con él, se co-jode. Si no hace nada, se re-jode. Si hace algo, se super-jode de uno, u otro modo. Con una voz temblorosa responde: - A los Charqui les doy latigazos, a los Cori les saco cuentas, a los Luna los expulso, a los Chambi les advierto y a los Runtu les pido a la niña. Eso haré.

- Le pides, no, huevonazo, les exiges. Aquí yo no estoy pintado, para preguntar ni pedir. Nosotros ordenamos lo que es nuestro y si tú eres tan cojudo como el anterior, terminas igual. ¿Sabes qué pasó con Manuelito Tambopacha, no? Nuestro último secretario se murió de hipotermia, luego que lo escarmentemos en las aguas heladas del Pacucha. Como ustedes no tienen alma, a mí me importa un carajo lo que les pase, diga lo que diga el padre Sepúlvedo. Acá cumples y obedeces, o te vas y nadie sale bien de la hacienda de los Escudero. ¿Crees que mi abuelo fue escudero de Pindongo Pizarro por las huevas? Ya, ándate a tu corral, y cuídame bien a las llamas, que valen más que tú mismo. Hush… Hushh… Váyase para allá, serrano.

El aturdido Potokcullu se mueve, sin saber a dónde ir, pero camina, trota, y luego corre. - ¿Qué mierda es esto? – se pregunta. - Los patrones en mi tierra eran malos, pero no eran tan conchadesusmadres. Pero es el patrón. – Y saltando en la oscuridad llega a esa choza improvisada en donde duermen tres auquénidos muy conchudos que saben su sitio: uno más cómodo que el del indio. Poco duerme, el pobre, porque las bestias le quitan espacio y casi duerme con una pierna fuera de la habitación.

- Al menos ustedes van a ser mis amigos, animalitos.

- Amigos, las huevas, indio de mierda, aprende tu lugar. Tú has nacido para ser esclavo.

- No le permito. Seré pobre. Seré feo. Seré un indio, pero soy un hombre libre. Y no estoy acá para trabajar gratis. A mí me pagarán bien por hacer lo que tengo que hacer, y hacer feliz al patrón, no va a ser tan difícil.

- Bien cojudo, eres, ¿no?

Como hace frío y las llamas no se aplacan, Potockullu duerme, sin saber que mañana le espera un día peor. Desayuna la misma hierba que las bestias y del río bebe un agua, que, si supiera el patrón que la toma, se la cobraría a fin de mes. Peinado como puede, camina hacia la casita de los Charqui.

- ¿Tú conoces a esas llamas, señorcito Potokcullu? La señora Escudero las quiere más que a nada. Una vez les hizo una fiesta el mismo día que celebrábamos el aniversario del departamento. Andahuaylas es grande, pero todos somos orgullosos. La mujer del hacendado mandó a traer más comida que la que entraba en la choza, y les dio un banquete, para burlarse de nosotros.

- Señor Charqui, usted me disculpa, yo vengo a darle diez latigazos, nada personal. El patrón me ha mandado.

- ¿Por qué ésta vez? Mi mujer está enferma, carajo. Yo fui a trabajar todo el mes pasado, pero como ella no puede caminar, no me pagaron ni una parte. Como esclavos vivimos acá. Les pedí que me manden un doctor, pero dicen que no tienen veterinarios. ¿Latigazos me vas a dar? ¿Después qué? ¿Qué más vas a hacer cuando yo también caiga enfermo?

- Yo…. Yo no sabía, señor Charqui. Voy a pedirle al patrón que mande a alguien. Voy a hacer lo que pueda por su mujer y usted, pero tienen que trabajar duro, para que todos salgamos adelan…

- Bien cojudo, eres, ¿no? Tonto útil, vas a ser. Nadie va a venir, porque no les importamos. Cuarenta años tengo en esta hacienda. Mi papá me dijo antes de morir: - Si puedes, te largas de acá, pero no vas a poder, porque los malditos no te van a dejar salir. Si tienes fuerzas escapas, pero te me cuidas de no ser encontrado, sino, ¡ayayay!, te hunden en la laguna Pacucha, y así como tu tío Bonifacio terminas, igualito- Eso dijo. Condenados estamos, señorcito.

- Voy a decirle al patrón que le pegué los latigazos, pero no pienso hacerlo de verdad. Cuide de su mujer, señor Charqui, que yo voy a interceder por ustedes. Como nuevo secretario…

- Los latigazos te los van a dar a ti, socojudo porque el patrón va a mandar a comprobar que tengo la espalda lacerada. Ese hijo de puta es capaz de azotar a mi esposa, si se trata de escarmentar. Mejor pégame y acuérdate lo que te digo, que tú tampoco te vas a escapar. Te van a hinchar los cojones de a pocos, hasta que te parezca normal. Hasta que sea natural que te usen como un peón de reemplazo y sea lo más normal que te traten como la mierda.

Potokcullu mira al valle. – Cuatro terrenitos más que visitar, ojalá tuviera un caballo- se dice, mientras camina al sol que le quema la espalda. – Menos mal que no me traje el poncho, ni que fuera cojudo- piensa aliviado. Su sombrero gastado va inclinándose, a medida que su cabeza se predispone a la baja. - ¿Y si de verdad somos animales, y nos tienen que enseñar ellos lo que está bien? ¿Por qué carajos tuve que nacer indio y no llama? Las bestias comen bien y las hacen trabajar menos.

Tres horas le va a tomar llegar al segundo encuentro de sus tareas. Los Cori viven en lo alto, ahí donde llueve siempre y en invierno hace hielo en la sangre. Potokcullu no se amilana. – Es el patrón- se dice. – Un cojudo bien cojudo – resuena como eco en sus pensamientos. Cuando llega a la casita miserable de los Cori, le cuesta creer que ellos críen ovejas. No hay pastos en la zona, ni lugares planos. Dura debe ser la carne de esos animales, que tanto tienen que trepar para morder un brote miserable de hierba. Flacas están sus bestias en el corralito. Ni corral se necesita para las ovejas a esa altura. ¿A dónde van a escapar? Si dan unos pasos más allá se despuntan y con lo débiles que se ven, no la cuentan.

- ¿Señor Cori? Mucho gusto, soy el nuevo secretario. Vengo a sacar cuentas de parte del patrón.

- Ahí tienes lo que te puedo dar. Es recién nacida, pero si la cuidas, la puedes engordar. Aquí yo no tengo que darle de comer. El pendejo del patrón me ha mandado a lo más alto para criar animales, sabiendo que ni la mala hierba crece por acá. Una venganza, es, desde que me reí cuando su hijo se cayó del caballo. Castigado de por vida, y condenado, por sonreírse que un recién llegadito no sepa ajustar su montura. Yo si he cabalgado, mi papá era jinete, en otras épocas, que sus tierras no cubrían todo. ¿Por qué han ocupado las tierras que eran de mis abuelos, si nunca hemos recibido nada por ellas? Él dice que mi papá era un borracho, y se chupó toda la plata, pero eso no es cierto. Él se volvió alcohólico de a pocos, para ahogar las penas, porque no sabía poner en palabras la estafa y la injusticia que sufría. Pero, sobre todo, padecía de una enfermedad terrible.

- ¿Resfrío, tenía? ¿Calentura, le dio?

- Bien cojudo, eres, ¿no? Padecía de ser cholo. De tener sangre de indio. De haber nacido en una tierra tomada, abusada y en donde los dioses han sido quemados y la sal arrojada encima. ¿Sabes cuál es el problema? Nosotros no tenemos a quién acudir, no tenemos ante quién quejarnos. Desamparados: Somos invisibles, señorcito secretario. Y usted es medio invisible. Así que, por favor, medio haga algo, o pasamos de estar medio jodidos, a terminar medio muertos en vida. Y eso va a estar difícil porque usted es varias veces medio imb… -

Ya es hora de almuerzo, pero mastica coca, para engañar al estómago. Potokcullu vuelve a desear tener un caballito, para hacer las tareas más rápido e ir a reportar rápido al hacendado - ¿Tan malo será? ¿Tan malditos son? Pero es el patrón. Pero es mi patrón. – Y con esa determinación, el agotado viajero llega donde los Luna.

- Eustaquio Luna, para servirle; ¿qué se le ofrece, señorcito? – Mientras le pone un vaso de chicha en frente a Potokcullu, quien, no siendo de piedra, humecta su garganta con el divino brebaje.

- Muy amable, señor Luna. Vengo a botarle de su casa. Bueno, de la casa del patrón, que les cedió a ustedes, pero que ahora les retira, porque en una fiesta le rompieron al patrón un jarrón.

- El jarrón, sí. Lo rompí con mi cabeza. Luego que don Escudero me lo chante de un golpe en una borrachera.

- Pues… el patrón quiere que se vayan y les sale los cultivos. Dijo que ustedes sabrían a dónde ir, y que a otra familia les iba a dar el terrenito. Yo no quisiera hacer esto, pero…

- Bien cojonudo, eres, ¿no, bribón? Te harás el tonto con los otros, pero no conmigo, que estoy viejo. El patrón nos da un saco de semillas para todo el año. Con eso no producimos ni para dos meses, y encima nos viene reclamando cada vez más la producción, sin saber que nos sacrificamos para cumplirle, sin comer a veces por días enteros. Si me salas la tierra ¿A quién chucha le va a dar el terreno para que lo trabaje, si lo vas a joder todo? Así que sabemos a dónde debemos ir, ¿no? Conociendo al patroncito, nos tenemos que ir a la mierda, y para allá vamos. Lo invito cordialmente a la mierda, pues, con nosotros, para convidarle otra chicha, amigo. Nos vemos cuando se pase por allá, y no se olvide de nosotros, que un día, como usted ahora mismo, quisimos complacer a ese desgraciado. Algún día, ojalá, te enteres, y sepas que acá nadie exagera. Ojalá, señorcito, que puedas llegar a saber.

- ¿Saber qué, exactamente, señor Luna?

- Que eres un …

Sopla el viento fuerte, ya a esta hora, que el sol va cayendo. Cuando corre el viento, se enfría el valle, y si no tienes poncho, los huesos te duelen, porque el cuerpo deja de sentir.

– Un cojudo – piensa, - bien cojudo, soy, para olvidarme el poncho, pero ¿cómo iba a saber que la hacienda tiene terrenos tan grandes? ¿Tanto maneja el patrón? Es mi patrón. Voy a cumplirle. – y sin pensarlo tanto, llega hasta una choza más miserable que la compartida con sus llamas parlanchinas.

- ¿Señor Chambi? Del patrón vengo, me manda.

- Otro mulo, caramba. No me diga, señorcito; viene usted a advertirme.

- A eso vengo. Dice el patrón que usted debe apurarse.

- Oye, papito. Ven pasa, no tengas miedo, entra a mi choza y mira bien. ¿Ves eso? ¿Cuántas piernas tengo? ¿Crees que puedo hacer algo, sin salud, sin fuerzas, sin ánimos, y sin una puta pierna? Bien cojudo, has de ser, para reclamarme.

- Ay, diosito. ¿Cómo perdiste tu pierna, Chambi? Accidente, debe haber sido.

- Si… así es. Sufrí un accidente. Me accidenté al nacer en la parte enferma del mundo. Crecí en esta hacienda de mierda, y me rebelé de los malos tratos. Me sublevé hace doce años, y de mi rebelión, queda la mitad de mi. A mis compañeros los ahogaron, los quemaron, los torturaron. Una masacre, fue, cuando nos descubrieron. ¿Y sabes qué? lo haría de nuevo, carajo, que tiene más valor vivir luchando, que morir como el puerco servil que eres.

- Yo vengo a advertirle… que se apure, pero no sé de qué hablaba el patrón.

- Definitivamente eres un huevón, amigo. El patrón me apura para estirar la pata que me queda. Me tiene confinado acá, sin comida, sin cuidado, como castigo por ser un rebelde. A mis hermanos los ahorcaron. A mi novia la abusaron. A mis primos los dinamitaron, y lo peor de todo, es que los indios que nos traicionaron viven ahora en la hacienda. Sirviendo. Como esclavos. Como tú. Lárgate de acá, concha de tu madre, que, si me paro a darte una patada en el culo, me caigo yo mismo. ¡Largo!

- Falta una, caramba. Una más y termina el día – piensa Potockullu. Tiene mareos y algo de nauseas. No es mal de altura, lo que le asquea es la bajeza, pero no sabe explicarlo. Repite las vocales que aprendió, para distraerse. – No puede ser tan malo. Es mi patrón. Es el patrón de todos ellos. Algo mal han debido hacer. (Si. Nacer.) – Se quiere ajustar el poncho, pero de nuevo, se lamenta que lo dejó, pensando que sus tareas le tomarían poco tiempo.

Al fin, una casita decente. Los Runtu parece que si viven bien. Su corral está ordenado, limpio, surtido. Animalitos gordos, fuertes, y uno al fondo, solitario, intranquilo. Debe estar castigado. Se escucha una mujer cantando, adentro, y Potokcullu, sin darse cuenta del asunto, persigue la melodía hasta meterse a una casita que se le antoja bien bonita. No toca la puerta, como viene de parte del patrón, se mete nomás.

- Oye, bien cojudo, eres ¿no? ¿No sabes que se toca la puerta? ¿Quién eres tú?

- Atahualpa Potokcullu, para servirle, señora, vengo de parte del patrón.

Los ojos de la mujer arden en llamas y deja de hacer la trenza a la niña, que, a su vez, detiene su alegre silbido. Ella está preparada, y el tonto útil seguirá siendo un tonto útil, sólo que esta vez, para el patrón equivocado.

- Ah, señorcito secretario. Lo estaba esperando. Yo sé a qué viene. Yo sé qué quiere de mí, pero le voy a decir algo. ¿A usted le gusta reír, ¿no?

- Pues mayormente, si, madrecita. – confiesa el agotado caminante.

- Ahí está, Potockullu, yo quiero hacerle una bromita, chiquita, al patrón, para que se ría un poquito y nos alegre a todos en el valle: ¿qué le parece? Si él llega a saber que usted me ayudó a darle un buen momento, se lo va a agradecer toda su vida.

- Bueno, ya tengo malas noticias para darle, así que, no estaría mal; ¿En qué consiste su treta, madrecita?

- Mira, no es por insultarte, pero quiero asegurarme. Vengo planeando esta broma bastante tiempo, desde que, hace diez años, se llevaron a mi hija mayor, y nunca más volvió de la hacienda. Respóndeme con la verdad, señorcito secretario, ¿de acuerdo?

- Sin falta a la verdad, mamita, yo no miento.

- Bueno, muy bien. ¿Tú eres bien cojudo, o no?

- Parece que sí, madrecita, porque eso me repiten a todo lugar que voy, y de la llama, al patrón, todos coinciden con esa opinión, así que, en honor a la verdad, yo creo que sí, debo ser recontra cojudo.

- Está bien, hijito, no hay nada de malo. Te voy a explicar. En lugar de mandar a mi hija, yo quiero mandarle un animalito, una llamita, al patrón. Y como broma, él va a pensar: - ¡Esto no es lo que esperaba! – y eso no es todo. A esta llamita le he dado de comer puras flores, y le enseñé a conversar, pero ahora habla mucho y no deja de parlotear. Por eso le he puesto un bozal, porque la llamita habla y habla, y bota flores por la boca, y quiero hacer reír al patrón, antes de mandarle a mi hijita de nuevo. ¿Entiendes? Tú solo tienes que llevarla hasta él, sacarle el bozal y dejarlos solos, ¿entendiste? Hasta alguien que sea un poco tarado puede hacerlo, tú, con mayor razón, vas a poderlo hacer, que tienes cara de tarado completito y con su yapa más. ¿Me has entendido, señorcito? Bien fácil la bromita, y nos vamos a reír todos, y tú vas a llevarte las palmas y las gracias.

- Bueno madrecita, si tú me dices que es así, yo te creo y voy a hacer como me dices. Ya mañana vengo por tu hija, pero no me falles, que quiero empezar con el pie derecho con mi patroncito, con nuestro patroncito, que Dios me lo guarde… y proteja mi pierna izquierda -

Las únicas luces que hay, a estas horas altas de la noche, son las de las estrellas y ese plateado resplandor que la luna ofrece en esa tierra que está más cerca del cielo que ninguna otra. El ande se enfría y un viajero retorna de sus diligencias a la casona central de los Escudero. Sus zapatos se han hecho hueco, pero eso no importa. La broma hará que valga la pena, y unos botines le van a regalar, como premio por el buen rato. El animal no deja de olfatear la mano del cojudo, y entre lamidas, abre la boca, con ansias, pero el bozal le reprime los instintos, y así, jalado por Potokcullu, van ambas bestias.

- ¿Éstas son horas de llegar, Poto Culo? Te espero desde hace horas, carajo. Si me vas a hacer esto todos los días, te llevo mañana mismo a la laguna … ¿Pero qué mierda haces con esa llama grande al lado? No importa. Quiero un reporte de todo lo que te he pedido, pero antes, quiero que me mandes a la niñita Runtu para el cuarto oscuro, ese, de allá lejos. Me la mandas, y no hagas mucha luz, que no quiero que mi mujer se entere.

- Pero patroncito, quiero contarle una bromita, para q se ría.

- Nada de bromas, no seas cojudo, hombre, que tengo ganas de conocer a la muchacha. Mándamela cuanto antes para el cuarto oscuro de allá y nos dejas encerrados, y con las mismas te vas a dormir, que no quiero interrupciones. Mañana me cuentas cómo te ha ido con esos indiacos mal agradecidos. Ya lo decía el padre Sepúlvedo: - Estas bestias no tienen alma, pero hay que tener paciencia, que algunos perros se pueden domesticar- Y creo que tenía razón, pero por cada cien cojudos, hay uno que entiende. ¿Serás tú, Poto Culo? Ahora hueles peor que antes, ya déjate de huevadas y mándame a la niña para el oscurito cuanto antes, me voy a esperar adentro.

Potokcullu no sabe exactamente por dónde empezar a explicarle al patrón que está empezando a hartarle ese trato altanero y soberbio, que se basa en hacerle sentir mal, para demostrar su superioridad. Se queda callado, viendo cómo se va camino a un cuarto alejado de la casona grande, y en una rinconada de árboles crecidos, que no deja que la luna ilumine. - ¿Por dónde debería empezar? – piensa, mientras le lleva “la broma” de la señora Runtu al cuarto de faenas y abusos.

- De repente, puedo explicarle mi nombre, para comenzar – Piensa en voz alta, para que la llama agitada se calme. – Poto Culo no soy, patroncito – le quiere explicar. – “*Potok*” es explosión en el idioma de mis abuelos. “*Cullu*” es rebeldía, insubordinación, esa cosa que hacen los herejes, pero por alguna razón que no entiendo, me pusieron así. No. No lo quiero aburrir con mis cosas. Es tarde ya, cansado debe estar el patrón. Es mi patrón, el de todos. – piensa, y acerca “la broma” al cuarto. Le saca el bozal, mete a la llama salvaje al cuarto, y se va. Se va rápido, porque no quiere inoportunar.

- ¿A qué hueles hijita?, hueles a auquénido, de tanto dormir con ellos – dice la voz del patrón, al otro lado del recinto.

Y luego, gritos intensos, gritos fuertes, de pasión, de saciedad, de violencia contenida; Y así Potokcullu se va corriendo más rápido, para no ofender a su patrón – No vaya a ser que lo apene o lo incomode, dice, entrando a su choza.

- Bien cojudo, eres ¿No? – le recibe la llama compañera. -

- ¿Y ahora qué?, estoy cansado, quiero dormir, no me jodan. -

Entonces duerme, ignorando las cosas, el secretario. ¿Cómo, pues, va a saber el recién llegado, que la señora Runtu viene planeando una venganza cruenta por los abusos sostenidos? ¿Acaso Potokcullu tiene cómo saber que su marido murió en la matanza de los insurrectos que quisieron fallidamente recuperar las tierras? ¿No se enteró en estos dos días, que la palabra “reclamo” trae un temblor y luego sangre, en este valle? Nada de eso. Todo queda en lo oscuro, para el secretario durmiente.

Poco sabe, pues, de la costumbre que ha sembrado la señora Runtu en esa llama con bozal, al alimentarle de a pocos, con la carne humana que ha podido encontrar y conservar en el frío de la puna, en donde aún se conservan los restos de esa insurrección fallida. Él no tenía cómo saber que ese bozal se debe a que esa llama es tan agresiva, como su antepasado, la salvaje macrauchenia, que era feroz y no dócil, como la historia misma de una raza que se fue domesticando para el servicio del nuevo dueño del mundo. Del mismo modo, desconoce que el patrón no va a amanecer.

Pero antes de dejar el mundo que habitó, hasta esta noche, el patrón le va a visitar en sueños. – ¿Crees que algo va a cambiar con tu gracia, con tu complicidad, huevón? – Pero es tan real, que no parece un sueño, y Potokcullu se retuerce entre las llamas y la fría noche, que para él es imperceptible, dadas las altas fiebres alucinatorias. Ensueña con su patrón, reclamándole todavía: - ¿Algo acaso nuevo para el orden de la hacienda van a traer estas bromas de mal gusto? No; todo va a seguir igual y mi hijo va a tomar mi puesto y a ti, te va a colgar de los cojones, por haberme servido tan mal en menos de dos días. Muchas risitas, les habrá de causar, pero yo me voy a asegurar que su yugo se ajuste tanto, que te vas a acostumbrar a respirar así, casi asfixiado, como un perro. - Gritos en la hacienda, pero en lo oscuro, en lo lejano, nadie se entera.

La fiebre cesa, ahora siente escalofríos. – ¿No pudiste meterle latigazos a ese flojo?, ¿no pudiste reponer el valor de lo que me han perjudicado estos brutos indios? Maldita sea, Poto Culo, no pudiste traerme a la niña que cumple quince años, por los mil demonios – Potokcullu solloza entre sueños y lo único que escucha del más allá es: - Bien cojudo, eres, ¿No, carajo?

Cleto Thar

26/12/2021